



CONCEPTOS  
Y FENÓMENOS  
FUNDAMENTALES  
DE NUESTRO  
TIEMPO

UNAM

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES

# ÉTICA, CULTURA Y POLÍTICA

ARMANDO HART DÁVALOS

Octubre 2004

## ÉTICA, CULTURA Y POLÍTICA

Por Armando Hart Dávalos

Cuando iniciamos el tercer milenio de la era cristiana, la cultura occidental padece una grave crisis ética que hombres de gran saber consideran la más profunda desde la caída del imperio romano hace alrededor de mil quinientos años. Y bien sabemos que no hay civilización perdurable sin un sistema de valores éticos y culturales recibidos de una tradición y asumidos por un consenso históricamente consagrado.

Se va operando una profunda distorsión y disociación espiritual reflejo de las contradicciones y agudos antagonismos y sociales en toda la gigantesca superestructura del mundo contemporáneo; la subjetividad es manipulada en función de la enajenación de los individuos y la atomización de las colectividades con el fin de desarticular los resortes éticos de la sociedad. Sólo será posible enfrentar con éxito esta crisis elevando la conciencia de los pueblos y de aquellos con autoridad en las decisiones nacionales e internacionales sobre los problemas por los que atraviesa la civilización contemporánea.

La moderna civilización está enferma incluso de gravedad. Fidel Castro lo expresó de manera dramática: *O cambia el curso de los acontecimientos o no podrá sobrevivir nuestra especie*. Ello se revela con fuerza no sólo en la quiebra de la ética, sino también de los principios políticos y jurídicos y de las ideas filosóficas que tras larga evolución llegaron hasta el siglo XX y principios del XXI y que sirvieron de fundamento al sistema capitalista.

Es nuestro deber como intelectuales de América estudiar las esencias del drama apoyándonos en la inmensa sabiduría política, social y filosófica alcanzada en milenios de historia y actualizando y enriqueciendo los principios éticos, jurídicos y culturales acumulados tras una dilatada evolución por la humanidad y que constituyen el más efectivo arsenal de ideas para salvar a nuestra generación, y a las venideras, de un desastre de incalculables consecuencias.

Al dialogar con distinguidos amigos de un país hermano sobre la situación actual del mundo, me hacían la observación de que podría ocurrir una fractura radical de la ética humanista cuando las contradicciones sociales del presente y del futuro llevaran a una parte de la población del globo a considerar que la otra no debía existir para salvar a

nuestra especie de su total extinción. De ser así, el fascismo de los años 30 y 40 sería un tenue punto de referencia del fascismo postmoderno que, como un signo del diablo, amenaza la humanidad. No tenemos una bola de cristal, pero el signo de interrogación presente en el futuro humano incluye estas catastróficas posibilidades.

Para el necesario y apremiante análisis a realizar sería útil apoyarnos, como método, en lo planteado por Antonio Gramsci, el más grande filósofo europeo del siglo XX tras la muerte de Lenin, cuando postuló que toda filosofía debe comenzar por un análisis crítico de las verdades del sentido común o del buen sentido.

Y hoy, la verdad más evidente del sentido común en la actual situación del mundo y la más grave, ¡infinitamente grave! se halla en que detenta el poder en los Estados Unidos de Norteamérica un grupo terrorista comandado por W. Bush y su camarilla, violentando todas las normas morales y jurídicas de la llamada civilización occidental. Ese grupo está desencadenando los peores instintos presentes en la subconciencia humana proyectándolos hacia el crimen. En la guerra que se está librando hoy en Iraq presenciamos no sólo el saqueo de la riqueza petrolera de ese país si no también la aplicación de una política brutal y bárbara. Se trata de métodos criminales aplicados por personas movidas por el instinto de la muerte, por el instinto asesino que estudió y describió Sigmundo Freud. Se trata de una mezcla de ambiciones económicas y de malvadas intenciones para un predominio hegemónico a escala planetaria. A ellos les recordamos algo que nos dice el refranero popular: *El que a hierro mata, a hierro muere*. Ténganlo presente todos los que ejecutan terrorismo tanto de carácter individual como de Estado.

Han globalizado el terror y la muerte, los están promoviendo a la más alta escala social, están estimulando la fiera que —según Martí— todos los hombres llevamos dentro. Pero el Apóstol afirmaba, a la vez, que éramos individuos admirables capaces de ponerle riendas a la fiera. Las riendas están en la cultura.

Abordemos el desafío con cultura y, por tanto, sin sectarismo de tipo alguno. La gravedad del asunto exige un pensamiento ecuménico a la luz de lo expuesto por los más grandes humanistas de la historia universal. Partamos de las mejores ideas expuestas por cada uno de ellos y utilicemos el método electivo presente en la tradición filosófica cubana desde principios del siglo XIX. Tomemos de cada uno de ellos la esencia de sus ideas para abrir cauce a un nuevo pensamiento filosófico que oriente la acción política. Para comenzar

invito a sociólogos, sicólogos y a todos los interesados en este tema a estudiar el pensamiento de Sigmundo Freud y a relacionarlo con el de otros sabios, en primer lugar, con el de Carlos Marx y Federico Engels tal y como recomendó, desde su visión indoamericana, el marxista peruano José Carlos Mariátegui.

El tema de la subjetividad es tratado como se sabe en profundidad por Freud. Él conoció al hombre por dentro y lo describió con rigor científico, pero lo hizo desde una posición pesimista. No pudo describir al que potencialmente puede existir y está presente en millones y millones de seres humanos que a lo largo de la historia universal han constituido legiones de mártires, héroes o personas honestas consagrados a las más nobles ideas. También la sicología de estos hombres debe estudiarse para comprender, como decía Martí: *Creo en el mejoramiento humano y en la utilidad de la virtud.*

Veamos lo que dice el pesimista Freud:

*A mi juicio, el destino de la especie humana será decidido por la circunstancia de sí —y hasta que punto— el desarrollo cultural logrará hacer frente a las perturbaciones de la vida colectiva emanadas del instinto de agresión y de autodestrucción. En este sentido, la época actual quizá merezca nuestro particular interés. Nuestros contemporáneos han llegado a tal extremo en el dominio de las fuerzas elementales que con su ayuda les sería fácil exterminarse mutuamente hasta el último hombre. Bien lo saben, y de ahí buena parte de su presente agitación, de su infelicidad y su angustia. Sólo nos queda esperar que la otra de ambas «potencias celestes», el eterno Eros, despliegue sus fuerzas para vencer la lucha con su no menos inmortal adversario. Mas, ¿quién podría augurar el desenlace final?*

Efectivamente, se trata de una conclusión pesimista, pero evidentemente realista. Nadie puede poner en duda que ella constituye una seria advertencia para el género humano, tanto más en los días que corren.

Habíamos estudiado la influencia del factor subjetivo en el progreso y avance de las revoluciones. La evolución de los acontecimientos en el mundo, me han hecho reflexionar también acerca del enorme peso negativo que tienen en la historia. Están incitando, desde los círculos más reaccionarios y cavernícolas, las peores tendencias humanas. Ahí está, precisamente, el gran crimen que viene cometiendo la camarilla gobernante en Norteamérica.

Los revolucionarios somos realistas, pero luchamos por cambiar la realidad. Veamos ahora cómo aborda este mismo desafío Federico Engels. Decía:

*(...) la civilización ha realizado cosas de las que distaba muchísimo de ser capaz la antigua sociedad gentilicia. Pero las ha llevado a cabo poniendo en movimiento los impulsos y pasiones más viles de los hombres y a costa de sus mejores disposiciones (...)*

Y agregaba:

*“Si a pesar de eso ha correspondido a la civilización el desarrollo creciente de la ciencia y reiterados períodos del más opulento esplendor del arte, sólo ha acontecido así porque sin ello hubieran sido imposibles, en toda su plenitud, las actuales realizaciones en la acumulación de riquezas”.<sup>1</sup>*

Es decir que sin los aportes de la cultura es inconcebible el desarrollo de las civilizaciones. Y en el Manifiesto comunista, Marx y Engels revelan la naturaleza del drama y su disyuntiva trágica. En síntesis:

*(...) opresores y oprimidos se enfrentaron siempre mantuvieron una lucha constante, velada unas veces y otras franca y abierta; lucha que terminó siempre con la transformación revolucionaria de toda la sociedad o el hundimiento de las clases beligerantes.<sup>2</sup>*

También José Martí enfocó este drama de la humanidad y expresó su confianza en el porvenir al tiempo que se pronunció a favor de la utilidad de la virtud, del equilibrio del mundo y de las formas cultas de hacer política. Estudiar este crisol de ideas debe ser uno de los objetivos esenciales de cualquier encuentro sobre el futuro del mundo actual.

No somos pesimistas, somos revolucionarios y tenemos fe, confianza y seguridad en el triunfo definitivo de la humanidad sobre los instintos bárbaros que laten en la psicología individual y social. A partir de la conciencia de las realidades apuntadas podremos asumir responsablemente nuestros deberes actuales estudiando y descubriendo las tendencias generales del posible curso histórico futuro y encontrando las formas concretas e inmediatas de actuar en favor de un porvenir más seguro y provechoso para toda la humanidad. Es indispensable investigar las esencias del drama que se vislumbra en el actual estadio de la civilización a fin de hallar las vías concretas para nuestra acción.

---

<sup>1</sup> C.Marx, F. Engels, Obra Citada, El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado, T. 3 pp. 350.351.

Aunque no podamos descubrir las formas a través de las cuales se materializarán los acontecimientos y procesos venideros, sí estamos en el deber de asumir la naturaleza y alcance del reto que nos plantea una época calificada por algunos de postmoderna. Salvar y enriquecer los mejores ideales de la modernidad, es el único curso sensato frente al caos y la fragmentación intelectual que tratan de hacer pasar por cultura olvidando su esencia primigenia: la justicia. Nuestros pueblos no pueden rehuir estos retos so pena de verse aplastados por el desarrollo material, ni tampoco han de aceptar sumirse en el caos intelectual y ético que a escala internacional se revela como fuerza disociadora de los mejores valores humanos.

Ha dicho el teólogo de la liberación, nuestro amigo Frei Betto, que se gesta un nuevo Renacimiento. El mundo bien lo necesita, pero este sólo puede avizorarse y asumirse desde la tradición latinoamericana porque es la región del orbe que posee los elementos de cultura necesarios para ello.

El siglo XVIII fue, como se sabe, el de las luces; el XIX, en nuestra América, el de los fuegos, y las luces que necesita el XXI están en esos fuegos. Por aquí comenzó la edad moderna y por aquí ha de iniciarse también el renacimiento de las ideas universales a favor de la justicia. Cualquiera que sea el criterio que se tenga en relación con los temas acerca de Dios, ya sea por creyentes o por no creyentes, lo objetivo y real es que se requiere, para un salto superior del movimiento intelectual, estudiar el papel de los factores subjetivos, éticos y de la voluntad humana, lo individual y lo social en la construcción de un mundo mejor. Ese salto constituye una necesidad de humanidad o muerte para el siglo XXI.

Hay dos corrientes esenciales del pensar occidental que han sido violentadas desde hace milenios, una es la evolución del pensar científico que concluye su más alta escala en el pensamiento racional y dialéctico y en el ideal socialista, y la otra el pensamiento utópico que tiene raíces en las ingenuas ideas religiosas de las primeras etapas de la historia humana y que en la civilización occidental se nutrió inicialmente y en su ulterior evolución, de lo que conocemos por cristianismo.

Ambas corrientes, necesarias para el desarrollo y estabilidad de las civilizaciones, han venido siendo desvirtuadas o tergiversadas. Una filosofía que se corresponda con los intereses de los pueblos explotados, de las masas y de la humanidad será aquella que

---

<sup>2</sup> C. Marx, F. Engels, Manifiesto del Partido Comunista, p. 18, Editora Política, La Habana, 1982.

articule ciencia y utopía, partiendo de la idea leninista de que la práctica es la prueba definitiva de la verdad y del principio martiano de procurar la fórmula del amor triunfante.

No hay más alternativa que plantearse problemas de carácter filosófico, dejando atrás terminologías de factura europea que establecen un valladar con las masas e ir directamente al pensamiento de los más grandes filósofos del viejo continente en los dos últimos siglos.

Volviendo a Gramsci y a las verdades del sentido común, comienzo para él de toda gran filosofía, el hombre necesita comer, vestirse, tener un techo, antes de hacer filosofía, religión y cultura. De ella se deriva una segunda: no hay hombre, en el sentido universal que todos conocemos, sin la cultura.

¿Qué enseñanza debemos extraer hoy, de estas ideas y sus consecuencias ulteriores? La primera y más importante lección está en que el déficit principal de lo que se llamó izquierda en la centuria concluida fue haber divorciado las luchas sociales y de clases de la mejor tradición cultural latinoamericana. Esto no sucedió así en Cuba. En nuestro país, durante el siglo XX, se articularon las ideas políticas, económicas, sociales y culturales procedentes de dos grandes vertientes: el materialismo histórico de Marx y Engels, que es la escala superior que hasta hoy ha alcanzado la filosofía europea, con la cultura de fundamentos latinoamericanos y caribeños cuya más alta escala está en José Martí.

En el siglo XX no pudieron relacionarse los grandes descubrimientos del materialismo histórico con el peso de la subjetividad en la propia historia. Faltó cultura para ello. Esto nos obliga a estudiar en el XXI, a la luz de las ciencias humanas y sus grandes descubrimientos, la importancia del factor subjetivo para enfrentar el drama que tenemos delante. De ahí el valor de los planteamientos de Fidel Castro cuando insiste en que la cultura es el elemento esencial para la política nacional e internacional en estos tiempos de encrucijada.

Los fundamentos materiales de la civilización requieren, como necesidad, de la cultura, sin ella no tendrían la inmensa riqueza acumulada, sin ella no hubiera propiamente economía altamente desarrollada. Si en Europa desean conocer el significado de esta verdad, que estudien el pensamiento de Gramsci. Nosotros podemos hacerlo también con el de Martí. En el pensamiento de nuestro héroe nacional está presente esta cuestión de manera insuperable cuando afirmó: Ser culto es el único modo de ser libre<sup>3</sup>.

---

<sup>3</sup> J. Martí, Obras Completas, t. 8, p. 289, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1973.

Cuando las nobles aspiraciones de libertad, igualdad y fraternidad han sido lanzadas por la borda por el materialismo vulgar que se ha impuesto en el mundo que llaman unipolar podemos, con más fuerza y consecuencia que otras regiones del llamado occidente, defender las ideas del humanismo, la justicia y la dignidad humana. Los latinoamericanos y caribeños nos presentamos, pues, con la riqueza cultural universal que sintetizamos y recreamos. Es difícil encontrar una región del mundo que posea por historia la vocación de universalidad solidaria que tiene América Latina. Entre nosotros no existen nacionalismos estrechos y fanáticos que dolorosamente están presentes en otras regiones. En el nacionalismo latinoamericano y caribeño está inserto el ideal de integración y una disposición generosa de abrazarnos con el mundo.

Partimos de una tradición de espiritualidad y eticidad que se manifiesta en la búsqueda de un mañana mejor para todo el mundo. Ella está presente, de manera inequívoca, en los importantes movimientos de ideas que han tenido lugar en los últimos 50 años en nuestra patria grande. Estos son:

La renovación del pensamiento socialista que generó la Revolución cubana y que representamos en Fidel Castro y Ernesto Guevara.

La explosión artística y literaria, y el pensamiento estético que se relaciona y tiene su fuerte en Alejo Carpentier y lo real maravilloso.

El pensamiento social y filosófico, y la dimensión ética que observamos en la teología de la liberación cuando la analizamos en función del reino de este mundo.

El movimiento de educación popular.

La revolución bolivariana que se desarrolla en Venezuela bajo el liderazgo del Presidente Hugo Chávez.

Estos procesos de ideas tienen un común denominador: tomar muy en cuenta la realidad y plantearse, asimismo, una visión utópica, es decir, un proyecto, una aspiración, un ideal de mejoramiento humano hacia el futuro. Precisamente la crisis del pensamiento



occidental radica, como ya señalamos, en que divorció estas dos categorías: utopía y ciencia. América Latina, a partir de su historia y sus tradiciones, puede presentar una solución que hermane la inteligencia y el amor como proyecto de liberación.

El egoísmo no necesita ser alentado, existe con fuerza muchas veces avasalladora y destructiva. El amor y la solidaridad son los rasgos superiores de la inteligencia humana que requieren estimulación. Un empeño destinado a promover ideas y sentimientos solidarios está en la esencia del postulado de José Martí requerido para el equilibrio social e histórico, de los individuos, las colectividades, las naciones y la humanidad en su conjunto. Hay que materializar este empeño sobre el fundamento de los componentes más universales de la cultura, es preciso investigar los nuevos agentes sociales componentes del cambio. Los planteados por Marx y Engels en la Europa del siglo XIX no son ya suficientes para la América y el mundo del siglo XXI.

Los principales acontecimientos del mundo actual se relacionan de manera muy directa con estas tres categorías: identidad, civilización y universalidad. Ellas tienen raíces económicas y partiendo de las mismas debemos encontrar los nuevos agentes sociales del cambio.

La confrontación entre identidad, universalidad y civilización está en el vórtice del ciclón postmoderno y constituye la nueva dimensión que está alcanzando el drama social, histórico y cultural en los años posteriores a la caída del muro de Berlín. Al término de la Segunda Guerra Mundial ya se avizoraban y producían estos enfrentamientos, pero la existencia de un equilibrio bipolar contuvo, o al menos amortiguó, una ruptura radical de relaciones tan conflictivas.

Debemos comprender el término universalidad como complejo de identidades y aspirar a que todas ellas alcancen un nivel superior de civilización. No existe posibilidad de transformación radical revolucionaria si no somos capaces de descubrir los hilos que articulan nuestra identidad nacional, nuestra proyección universal y nuestro derecho a una civilización más alta. América Latina y el Caribe, nuestro pequeño género humano como nos calificara Bolívar, está en posibilidad de presentar como respuesta a la fragmentación y decadencia evidentes del pensamiento occidental, la solidez de nuestra tradición cultural y su valor utópico encaminado al propósito de la integración.

Tras la independencia de los pueblos de América del colonialismo español, nuestros patriotas no pudieron alcanzar los objetivos de plena independencia y soberanía, y a veces se les suelen hacer críticas por ello, hoy y en el futuro no existirá pretexto alguno para no hacer realidad aquellos objetivos en el marco de una integración continental que abra paso a la república moral de América a que nos convocó José Martí, porque ahora disponemos de las decisivas enseñanzas acumuladas a lo largo del siglo transcurrido. Nada puede excusar la inacción y la falta de compromiso.

¿Qué conclusiones podemos extraer de las enseñanzas acumuladas?

En primer lugar, nuestras relaciones con Estados Unidos no deben ser vistas exclusivamente en el marco de los intereses y criterios que se mueven en el seno de la elite gubernamental de ese país, hay que hacerlo desde un plano más amplio, tomando en cuenta la posible influencia a ejercer en la opinión pública norteamericana. Es necesario, a la vez, movilizar las de carácter internacional a favor de los objetivos que perseguimos.

En segundo lugar, frente a la política arrogante de los gobiernos norteamericanos debemos oponer la firmeza y la consecuencia en los principios. Como señalaba el Che, a los imperialistas no podemos hacerles la más mínima concesión. Esta formulación tiene hoy mayores razones para ser efectiva que cuando Ernesto Guevara la formuló.

En tercer término, hay que asegurar la unidad del pueblo, la división es uno de los factores que más debilita su capacidad de lucha, de avance y de resistencia. De ahí la persistencia de la política yanqui en Cuba por crear una quinta columna interna mercenaria mediante la distribución de abundantes fondos del gobierno de ese país. Para los cubanos la unidad hay que cuidarla como a la niña de nuestros ojos.

En cuarto término, la unidad y la firmeza frente al poder hegemónico y unipolar reclama la defensa de los intereses de la inmensa mayoría de la población y el respeto a la tradición de nuestros pueblos, que se expresa en la cultura y dentro de ella, el papel que desempeñan los intelectuales es de enorme importancia.

Todo esto nos lleva a exaltar el papel de la práctica pedagógica y de la política práctica que constituyen la contribución más singular que José Martí hizo a la historia de las ideas políticas y educacionales. Se enlazan, también con la inmensa cultura jurídica que tiene una amplia tradición en nuestro pueblo. De esta forma, pedagogía, política y derecho

deben articularse para formar un poderoso frente de conceptos y principios éticos que es un tema esencial de la política de nuestros días.

Superemos definitivamente los ismos que dividen, procuremos, como ya señalamos, valiéndonos de los métodos electivos postulados por la filosofía cubana de principios del XIX, el camino de la verdad y hallaremos con esta selección el pensamiento social y filosófico que necesita América. No lo hallaremos jamás con debates bizantinos acerca de la diversidad de sistemas filosóficos y políticos que nos llegaron de fuera, cualesquiera que sean, de lo que se llamó izquierda o lo que se llamó derecha.

Hay que estudiar el origen de la enfermedad y procurar su solución; cómo se generó, se relaciona o se refleja en la forma en que hoy se manifiesta el fenómeno cultural, es decir, profundamente alterado o fragmentado. Veamos la evolución de este drama:

En la historia de las civilizaciones, el robo y la tergiversación de las formas culturales, para emplearlas lesionando a la justicia, ha sido la maniobra principal de los explotadores de todos los tiempos e imponer así, de esta manera, sus intereses egoístas. La cultura ha venido siendo sistemáticamente divorciada de sus esencias para favorecer la imposición de lo que han llamado cultura de la explotación. Por esta razón, el rescate de la mejor tradición cultural universal y de su esencia, la justicia, constituye una fuente inagotable para defender los intereses de los pobres.

¿Cómo ha tenido esto lugar en Europa? Desde las etapas tempranas de las sociedades de clases, cuando empezó a manifestarse con fuerza cierto desarrollo cultural elemental, y en primer lugar, en las sociedades esclavistas que alcanzaron mayor nivel artístico e intelectual, en la idea de la cultura, estaban incluidas todas las ramas del saber y dentro de ellas, el arte. Este concepto es un aspecto sustantivo de lo que más tarde pasó a llamarse *cultura humanista*, incluso, en el renacimiento europeo de los siglos XV y XVI, con el resurgir de la cultura clásica, las diferentes ramas culturales se concebían interrelacionadas. Así, las más grandes figuras del Renacimiento, a la vez que artistas, disponían de una autonomía técnica y práctica en otros aspectos de la cultura, e incluso a veces, como en el caso de Miguel Ángel y Leonardo, poseían los conocimientos científicos más avanzados de su época histórica.

Fue realmente el capitalismo, con el desarrollo de la industria y el notable y alto grado que alcanzó la división del trabajo, el que profundizó en la separación de las diversas

disciplinas culturales convirtiendo a cada una de ellas en actividades especializadas. Esto constituyó, en su momento, una necesidad, ya que en el mundo antiguo la concepción del humanismo y de la integridad cultural tenía fundamentos exclusivamente metafísicos. Quizás haya sido el monoteísmo el más remoto antecedente de la búsqueda de una integridad.

El desarrollo de las ciencias y de las ideas imponía superar esta situación. Pero — como queda dicho— el capitalismo extendió y profundizó la segmentación de las ramas culturales en virtud del pragmatismo y utilitarismo burgués.

En el siglo XIX, Marx y Engels elaboraron la concepción filosófica capaz de estudiar estos fenómenos y de ofrecer las fórmulas que sirvieran de síntesis o de integración armónica a todas las ramas que constituyen el fenómeno de la cultura orientado a alcanzar una forma superior del humanismo. Si en la antigüedad el divorcio entre lo que se llamó materia y lo que se llamó espíritu estaba en el fondo de la aspiración entre distintas ramas del saber en el capitalismo, el fetiche de la mercancía se convirtió por el capitalismo en el elemento de dispersión. El análisis marxista del fetichismo mercantil muestra que en el capitalismo está la raíz de la creciente fragmentación de los diversos componentes de la cultura hasta producir la dispersión intelectual e incluso la disolución de toda idea de cultura en nuestros tiempos. Tal disolución, expresión del caos social y espiritual de fundamento económico, se observa en el mundo que llaman *globalizado*. Propiamente han globalizado la anarquía.

La raíz del carácter fetichista de la mercancía está en el egoísmo humano que, consciente o inconscientemente, emplea las formas de expresión de la cultura para restringir y aplastar, como decíamos, la justicia, que es su valor primero y fundamental. Así, se profundizó en la tergiversación de las raíces sustantivas de la cultura, éstas están en la sed de conocimiento y la relación del hombre creador, el trabajador, con el producto del trabajo. Esta ruptura representa pues, un hecho de honda raíz cultural.

El crecimiento de la riqueza espiritual e intelectual se produjo en las sociedades de clases porque constituía una necesidad para el desarrollo. Es tan fuerte y sutil el egoísmo porque utiliza elementos de la cultura para exaltar lo peor del hombre y en ocasiones, incluso, se ha dado la imagen a muchos de que ella choca contra las aspiraciones de liberación humana.

La llamada izquierda en el siglo XX incurrió en el error de no entender que la cultura constituía una fuerza esencial para la liberación humana. Se presentó un rechazo o subestimación a la cultura alegando que se trataba de una cultura de explotación. Lo que hay es que analizar las esencias de la explotación para encontrar allí cómo esto adulteró lo más profundo y primario de la cultura.

Cuando Marx describía la importancia de la mercancía y de los factores netamente económicos estaba haciendo un señalamiento acerca de la enfermedad que sufría la humanidad en el sistema capitalista. Pero se confundió la crítica de Marx al sistema mercantil y a los factores que lo movían y ésta se presentó como si Marx estuviera defendiendo esa necesidad. Él la planteaba para superarla. Se confundió al médico con la enfermedad. Marx luchó por un sentido ético de la vida. Ahí está su esencia más profunda. Pero como se sabe, el pensamiento social y filosófico de Marx y Engels sufrió una gran tergiversación en el siglo XX después de la muerte de Lenin.

Por eso en medio de la fragmentación y la dispersión que la larga evolución de la civilización occidental ha creado sobre la expresión cultura es necesario ir a su génesis más antigua para descubrir su verdadera naturaleza y comprender que sólo rescatando la cultura alcanzaremos la liberación plena del hombre.

José Martí afirmaba que la contradicción no estaba entre civilización y barbarie, sino entre falsa erudición y naturaleza. Más de un siglo después, la civilización capitalista ha perdido la erudición y carece de la facultad para recrearla. Ésta es la esencia del drama postmoderno. Podríamos decir: estupidez e ignorancia frente a naturaleza. Se ha quedado el imperio exclusivamente con la falsedad y la torpeza. La contradicción hoy está, pues, entre falsedad y naturaleza, y la única forma de superarla se halla en promover la creación de la segunda naturaleza, la creada por el hombre, es decir, la cultura, y hay que ir a los orígenes. La cultura integró, inicialmente, tres grandes elementos:

- El lenguaje. Martí dijo que no estaba para encubrir la verdad, sino para mostrarla.
- El derecho. Martí afirmó: *Dígase hombre y se han dicho todos los derechos*<sup>4</sup>. Señaló también que *el derecho aplicado sin cultura se parece el crimen*.<sup>5</sup>

---

4

- La ética. El maestro José de la Luz y Caballero, fundador de la escuela cubana, dijo: *La justicia es el sol del mundo moral.*<sup>6</sup>

Sólo con estos principios de alcance universal se puede abordar con éxito el drama del mundo de hoy. Ello nos lleva como de la mano al análisis del reto esencial del pensamiento filosófico del siglo XXI: el papel de la subjetividad en la historia. La cultura es su más importante creación. No nos cansaremos de repetir que el gran déficit del materialismo histórico tras la muerte de Lenin, fue pasar por alto e incluso pisotear el valor de la subjetividad, por su primitivismo o por la fiera que —para decirlo como lo hacía Martí— todos llevamos dentro.

Debemos abordar el análisis del papel de la subjetividad sobre el fundamento del pensamiento de Marx y Engels. Veamos lo que estos sabios dijeron en la Primera tesis sobre Feuerbach:

*El defecto fundamental de todo materialismo anterior, incluido el de Feuerbach, es que solo concibe las cosas, la realidad, la sensorialidad bajo la forma de objeto o de contemplación, pero no como actividad sensorial humana, no como práctica, no de un modo subjetivo.*<sup>7</sup>

La subjetividad es la fuente esencial de la práctica humana y social, pero junto a ella se debe considerar que las condiciones económicas y sociales concretas acaban influyendo de una forma en “última instancia” determinante.

La unidad material del mundo de que se nos habló para la interpretación del marxismo en el siglo XX, nos lleva a Martí expresado de esta bella forma poética: *Todo es hermoso y constante/ todo es música y razón/ y todo como el diamante/ antes que luz, es carbón.* Ya en este plano, materia o naturaleza pueden alcanzar un significado real cuando los hombres forjan su segunda naturaleza nacida de la acción fundada en la inteligencia y el amor.

Se ha caído en un vacío de ideas y de cultura a escala de toda la civilización occidental que obliga a una reflexión política de hondo contenido filosófico. En la larga historia de las ideas occidentales se sitúa al hombre exclusivamente como homo sapiens, sin valorar, con el rigor de la ciencia, que el homo sapiens es el único ser que tiene facultad

---

5

6

7

de emocionarse y amar en su sentido más universal. Incluso no se han extraído las consecuencias del papel esencial de las emociones y el amor. La inteligencia sin el amor no genera facultad de asociarse en la que Martí sitúa el *secreto de lo humano*<sup>8</sup>.

Es de importancia singular estudiar lo que estamos afirmando a la luz de los progresos de las ciencias psicológicas. No nos estamos distanciando en lo más mínimo de la concepción de la filosofía materialista, sólo que la materia “hombre” fue ignorada por lo que se llamó “socialismo real”, y como lo fue, se manifestó en forma brutal, es decir, sin cultura. Estas son ideas claves para alcanzar la fórmula del amor triunfante a que nos llamó José Martí. Para probar científicamente su importancia hay que empezar por comprender en todo su significado y alcance la verdad objetiva de que el homo sapiens es un animal social.

Toda la interpretación de las ideas y la cultura llamada occidental parte del déficit que supone considerar al hombre como entidad aislada y no como parte sustantiva de la pluralidad de seres humanos. Aisladamente nada significamos. La vocación social está implícita en la naturaleza humana. Las limitaciones más profundas de las ciencias sociales y del hombre están, precisamente, en que el sistema capitalista mundial ignoró la naturaleza humana y ésta se muestra entonces en forma brutal, y para enfrentar este drama son necesarias la educación y la política culta. Partamos del estudio de estos dos grandes filósofos: José Carlos Mariátegui y Antonio Gramsci. El indoamericano y el europeo juntos hicieron aportes trascendentales que no han sido reconocidos y que conforman estas verdades. De Mariátegui sabemos la importancia que le otorgó a las relaciones entre el pensamiento de Darwin, de Freud y de Marx y el hecho de que el hombre tiene tres raíces fundamentales: la que viene de la historia natural, la que viene de los hechos económicos y la que viene de la actividad esencial. De esas tres raíces se elevó a la condición de hombre, y lo hizo por la vía de la cultura.

Hoy en el mundo se habla de gobernabilidad, no hay, sin embargo, posibilidad de ella sin el derecho y la ética. En el mundo actual, para que sea factible, debe reconocerse la justicia en su sentido más abarcador y universal. El Apóstol de la independencia de Cuba expresó “Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas”<sup>9</sup>, y para que esto se haga efectivo y pueda promover una estabilidad en el presente y hacia el futuro, hacen falta una ética y un derecho que garanticen la justicia

---

8

universal. Para tan altos propósitos es indispensable una democracia de plena participación popular y que incorpore a ella a todos los sectores sociales sin discriminación de tipo alguno. Ello requiere nuevas formas de gobierno muy distintas a las del pasado.

No hay que buscar fuera de nuestras patrias un pensamiento que pueda servir de tronco a nuestras ideas, hay que buscarlo en la historia de nuestros países. Partiendo de lo nuestro, podemos encontrar en esa historia lo esencial latinoamericano como fuente creadora para enfrentar los desafíos que tiene ante sí el mundo de hoy. A propósito de este principio, José Martí afirmó:

*La incapacidad no está en el país naciente, que pide formas que le acomoden y grandeza útil, sino en los que quieren regir pueblos originales, de composición singular y violenta. Con leyes heredadas de cuatro siglos de práctica libre en los Estados Unidos, de diecinueve siglos de monarquía en Francia. Con un decreto de Hamilton no se le para la pechada al potro del llanero. Con una frase de Sieyès no se desestanca la sangre cuajada de la raza india (...) El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser el del país. La forma del gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país.*

Para todo esto, es necesaria la acción política. He sostenido que la singularidad de la política martiana y la de su discípulo Fidel Castro, está en haber superado la vieja consigna de tradición reaccionaria de divide y vencerás, y establecer el principio de unir para vencer.

El punto de partida de la cultura cubana está en la ética como principio rector de la política y que nos conduce a destacar el papel de la educación en el desarrollo y fortaleza de la civilización. Eso se traduce en la correspondencia entre el decir y el hacer, en la honestidad como norma de conducta ciudadana, en la toma de partido por los desposeídos, no sólo de Cuba sino a escala universal. Fueron precisamente los educadores, el presbítero Félix Varela independentista consecuente y José de la Luz y Caballero, fundador de la escuela cubana quienes incorporaron como elementos forjadores de la nación los principios éticos, morales y espirituales que nos venían de la mejor tradición del cristianismo. La sensibilidad cristiana en su expresión cubana se observa en su forma más elevada y consecuente en José Martí. Él dijo: "*En la cruz murió el hombre en un día: pero se ha de*

---

<sup>9</sup> J. Martí, *Nuestra América*, El Partido Liberal, México, 30 de enero de 1891, O. C. t. 6, p.18.



*aprender a morir en la cruz todos los días*". Ello le brindó al pensamiento cubano un rechazo a toda visión dogmática.

Esto se deriva de la circunstancia de que la cultura nacional surgió en combate contra la injusticia, la esclavitud y a favor de la independencia nacional. Obviamente, una cultura que nació y se desarrolló en relación con el enfrentamiento consecuente con la injusticia adquiriría una singular fuerza ética.

Esa cultura ética parte de la mejor tradición intelectual y política del siglo XIX cubano cuyo más alto exponente fue José Martí. En los numerosos aforismos de Luz y Caballero y en toda la prédica martiana están presentes con fuerza los principios éticos que rigen el patrimonio espiritual de la nación cubana. José de la Luz y Caballero señaló en uno de sus numerosos aforismos que *instruir puede cualquiera, educar solo quien sea un evangelio vivo*. Años más tarde, José Martí, continuador de esa línea de pensamiento pedagógico precisó que: *Instrucción no es lo mismo que educación: aquella se refiere al pensamiento, y ésta principalmente a los sentimientos* y añadió que *el pueblo más feliz es el que tenga mejor educado a sus hijos en la instrucción y en los sentimientos*.<sup>10</sup> Ambas figuras reflejan lo que ha sido una orientación clave de la pedagogía cubana, concebir la escuela en el contexto más amplio de la sociedad para poder contribuir de modo eficaz al objetivo de preparar al hombre para la vida y ponerlo en consonancia con su pueblo y con su tiempo. Martí echó su suerte con los pobres no solamente de Cuba, sino de todo el orbe. Esto fue lo que permitió también a Fidel Castro a principios de la Revolución decir: *Quien traiciona al pobre, traiciona a Cristo*.

El pensamiento político y social cubano de la primera mitad del siglo XX estuvo muy influido por esa tradición anterior. La lucha por el adcentamiento de la vida política, contra el robo de los fondos públicos que tuvo como consigna **Vergüenza contra dinero** marcó el nacimiento a la vida política de Fidel Castro y la generación del Centenario. Desde los finales de la década del 40 y principios del 50 las fuerzas más progresistas de nuestro país exaltaron las consignas de libertad política, independencia económica, justicia social, y el combate a la corrupción y a la inmoralidad.

Las tres primeras eran el reflejo de las luchas sociales y económicas que emprendía nuestro pueblo por su liberación. La cuarta expresa la necesidad de combatir la corrupción

---

<sup>10</sup> José Martí, O.C. T. 19, p. 375, Edición Karisma Digital.

y la violación de los principios éticos y jurídicos. Esta última se ha convertido en nuestros días en una cuestión clave.

Carlos Marx en su célebre trabajo sobre el problema campesino en Francia y Alemania, señala:

“(...) en el modo de producción capitalista desarrollado, nadie sabe dónde acaba la honradez y empieza la estafa. Pero el que el poder público se ponga de parte del estafador o de parte del estafado, supone siempre una diferencia considerable”.<sup>11</sup>

Esto fue lo que hizo la Revolución cubana. Puso el Estado a favor de los explotados, de los pobres.

Los principios éticos, como puede apreciarse están presentes, desde los tiempos del asalto al cuartel Moncada, como fuerza esencial de la revolución en el medio siglo concluido. El genio y la originalidad de Fidel Castro consistieron en llevar al terreno de los hechos estos métodos y principios que, en esencia, significan relacionar dialécticamente las ideas del socialismo con la tradición ética de la nación cubana.

Quienes aspiren en América a la liberación de sus pueblos deben empezar denunciando las violaciones de la ley y las inmoralidades, el vicio, el latrocinio y el robo de los políticos tradicionales. Es una reflexión que considero perfectamente válida en las circunstancias actuales para cualquier proceso de cambio que se lleve a cabo en nuestros pueblos de América.

Partiendo de las realidades del mundo de hoy, el Presidente Fidel Castro ha subrayado, como ya señalamos, que en las circunstancias actuales la especie humana está en peligro de desaparecer. Estamos obligados a encarar este problema clave, en el que están presentes no solo factores económicos, en el sentido limitado que se le daba a esta palabra en el pasado, sino también factores psicológicos. Como ya señalamos Martí decía que todos los hombres teníamos una fiera dentro y esa fiera, que representa los instintos primitivos del hombre, hay que estudiarla con ayuda de la psicología, no basta con la economía.

La esencia del drama del socialismo en el siglo XX está, precisamente, en lo que dijo Martí, es decir, limitaciones culturales y éticas. Por eso falleció el *socialismo real*. Hoy es más necesario que nunca volver a las esencias de las ideas luminosas de Marx

---

<sup>11</sup> Obra citada, T. 3 pp. 496-497

despojándolas de toda interpretación dogmática. El propio autor de El capital nos alerta al respecto:

*A todo trance quieren convertir mi esbozo histórico sobre los orígenes del capitalismo en la Europa occidental en una teoría filosófico-histórica sobre la trayectoria general a que se hallan sometidos fatalmente todos los pueblos, cualesquiera que sean las circunstancias históricas que en ella concurra, para plasmarse por fin en aquella formación económica que, a la par que el mayor impulso de las fuerzas productivas, del trabajo social asegura el desarrollo del hombre en todos y cada uno de sus aspectos. (Esto es hacerme demasiado honor y al mismo tiempo, demasiado escarnio.)<sup>12</sup>*

Los nuevos caminos hacia el socialismo hay que hallarlos sobre la base de una elevación cultural y ética pero con un carácter general integral en cuyas esencias se encuentra —no nos cansaremos de repetirlo— la justicia y la facultad humana de asociarse como la aspiración suprema del hombre. Es lo que nos puede conducir a la práctica continua y sistemática a favor de la justicia y del equilibrio del mundo.

Cada pueblo tomará su propio camino, pero los principios éticos son indispensables para cualquiera de ellos porque lo son para la estabilidad y el progreso de las civilizaciones. Ellas marchan hacia la decadencia cuando en virtud de razones económico-sociales se observa con nitidez la ruptura de sus valores morales, es decir, lo que hoy está ocurriendo en el sistema capitalista mundial. Seamos racionales y tomemos en cuenta esta verdad del sentido común.

En el sistema nervioso central de toda civilización está la moral. Ella puede ser limitada o distorsionada, pero no hay régimen alguno que haya pervivido violentando sistemáticamente, como lo hace hoy el capitalismo, los propios valores en que dice inspirarse. La humanidad ha sido colocada en una encrucijada ante la que debe optar o bien por el caos postmoderno presente en la dramática realidad de hoy que amenaza con destruir la civilización que llamaron occidental e incluso a toda la humanidad o por coronar la edad de la razón con principios éticos e iniciar la verdadera historia del hombre. Todo lo anteriormente creado quedará como prehistoria. Es la única forma

---

<sup>12</sup>Engels, F., Carta a los Anales de la Patria, 1877. Carta a Werner Sombart, en C. Marx, F. Engels, Obras Escogidas, t. III, pp. 533-534.

racional de actuar, y tan altos propósitos sólo se alcanzan con la justicia, el equilibrio, fundamentada en las categorías principales de lo que hemos llamado eje del bien: cultura, ética, derecho y política solidaria.